



# El Tapiz del Vampiro

SUZY MCKEE CHARNAS

El doctor Weyland es el profesor más respetado de una pequeña universidad de Nueva Inglaterra. Alto, maduro, de pelo acerado, sus modales anticuados cautivan a los estudiantes, y un magnetismo especial rodea todos sus actos. Sin embargo, Weyland es un nombre falso, sus credenciales académicas son inventadas, y tras la fachada del erudito absorto en su trabajo se oculta el mayor depredador que el mundo ha conocido, uno cuya presa son los seres humanos. A través de los siglos, el vampiro ha sobrevivido mimetizándose en la sociedad humana. Ahora es profesor de antropología, lo que resulta irónico dadas sus costumbres alimenticias... Pero Weyland no es el monstruo que cae víctima de sus sentimientos humanos. Es el monstruo que perdura. Y hará todo cuanto esté en su mano para protegerse a sí mismo y su modo de vida.

Suzy McKee Charnas ha escrito con *El tapiz del vampiro* un clásico moderno, tal vez la mejor novela sobre el tema desde *Drácula*.

La sección «*El tapiz del unicornio*» fue galardonada con el prestigioso premio Nebula.

A la memoria de Loren Eiseley. Nunca nos conocimos,  
pero su obra fue la que me reveló por primera vez  
las vastas perspectivas del tiempo geológico.  
De esas distancias acabó emergiendo la figura  
del vampiro tal y como se la retrata en este libro.

## AGRADECIMIENTOS

Debo expresar mi gratitud hacia quienes leyeron por mí cuando estaba escribiendo este libro: Stephen (en primer, último y cualquiera de los lugares); Marge, Joanna y Vonda; Janet, Sondra, Michael, Esther, Juliet, Mara, Ned, Maggie y Jo y sus amistades de las minilecturas en su minicomedor del Evergreen; Robin, Patty, Liza, Sally y sus colegas. Gracias también a algunos de los que leyeron partes de este libro en su calidad de expertos en alguna materia (los errores que hayan sobrevivido a sus atenciones son única y exclusivamente responsabilidad mía): Marion London y Claudine Wilder, terapeutas; Jon Charnas, por su asesoramiento acerca de cómo son los apartamentos en Nueva York, su ciudad; Bruce Stringer, veterinario; Bill y Kay Weinrod, antiguos miembros del personal administrativo de la Ópera de Santa Fe, y Drew Field, director técnico de ésta; Eric Rose y Eva Friedlander, antropólogos; Virginia Kidd, agente literaria, cuyo entusiasmo y capacidad para el detalle me fueron de gran ayuda; David Hartwell, un editor que sabe cuándo es posible mejorar un libro y que da consejos útiles dirigidos a tal fin; y mi agradecimiento especial a Harry Nadler por dejarme utilizar su panamá.

## 1

## LA MENTE ANTIGUA EN ACCIÓN

Un martes por la mañana Katje descubrió que el doctor era un vampiro, igual que el de la película que había visto la semana pasada. Un amigo de Jackson, empleado en el turno de noche de limpieza, se había dejado el paraguas en el aparcamiento de bicicletas que había ante el edificio del laboratorio. Dado que a Katje le gustaba dar un paseo en esas primeras y tranquilas horas del día, antes de empezar su trabajo, fue a ver si el paraguas estaba todavía allí. Cuando volvía a través de la espesa niebla con las manos vacías, oyó abrirse ruidosamente la puerta del laboratorio a su espalda. Se volvió a mirar.

Un hombre salió por ella y avanzó a través del estacionamiento. Era joven y estaba bastante claro que se había herido o se encontraba enfermo, pues no tardó en vacilar y acabó cayendo al suelo, quedando con una rodilla en tierra y alargando una mano para no perder del todo el equilibrio en la húmeda y reluciente superficie asfaltada.

Otra silueta emergió del edificio, siguiéndole y cerrando sin hacer ruido la pesada puerta. Este hombre, alto y de cabellos grises, se quedó inmóvil un segundo, llevándose a los labios un pañuelo blanco que había sido doblado hasta formar un pequeño cuadrado. Luego se guardó el pañuelo en un bolsillo y fue hacia el estacionamiento. Al pasar junto a la figura medio arrodillada en el suelo volvió la cabeza para mirarla... y siguió andando sin vacilar. Se metió en su Mercedes gris metalizado y se fue.

Katje se dispuso a volver sobre sus pasos, pero el joven se irguió con un esfuerzo, miró a su alrededor con expresión aturdida y, tras caminar con pasos inseguros hasta su propio coche, se fue también.

Bien, allí tenía, pues, al vampiro, saciado y cruel, y allí estaba su víctima, pálida, agotada y confusa; aunque en la película el vampiro se había cubierto con una capa negra, no un impermeable, y había perseguido a muchachas de busto exuberante. Mientras volvía al club andando sobre la hierba, Katje sonrió ante sus fantasías.

Sabía muy bien que en realidad había visto al eminente antropólogo y estrella del Centro Cayslin para el Estudio del Hombre, el doctor Weyland, dejando el laboratorio con uno de sus cobayas humanos para el estudio del sueño tras una agotadora sesión que había durado toda la noche. El doctor Weyland debió de creer que el joven se estaba agachando para recoger las llaves del coche, que se le habían caído.

El club Cayslin era una vieja mansión donada años antes a la universidad, y funcionaba ahora como un club de profesores. Su antigua grandeza había sufrido un severo desafío al ser construidos el edificio de laboratorios y el estacionamiento, que ocupaban la mitad de lo que en tiempos fue una amplia extensión de césped, pero el club seguía siendo un lugar imponente en el interior.

Jackson estaba en la sala verde reparando grietas; había empezado a llover. La sala verde era una terraza acristalada, con el suelo cubierto de baldosas y un mobiliario consistente en sillas de hierro forjado.

—¿Lo ha encontrado, señora De Groot? —preguntó Jackson.

—No, lo siento.

Katje nunca le llamaba por su nombre al ignorar si era Jackson Tal o Tal Jackson, y había aprendido a ser muy cui-

dadosa con todo lo que hacía referencia a los negros en este país.

—De todos modos, gracias por mirar —dijo Jackson.

Una vez en la cocina, se quedó inmóvil ante los fregaderos contemplando el día, que era pésimo. Jamás se acostumbraría a estos inviernos helados y lluviosos, aunque después de tantos años no podía recordar del todo cómo era exactamente el sol africano bajo el cual había crecido. No le sorprendía que Hendrik hubiera muerto aquí. Este clima gris acabó por apagar su ardiente naturaleza hacía seis años, y ella le había mandado por barco junto a su familia. Katje había poseído su vida; no le hacían falta sus huesos y no deseaba que una sepultura pudiera sujetarla a esta oscura tierra. Su carrera como profesor visitante de sociología de la medicina en ésta y otras facultades les había dado unos buenos ingresos, pero él los había invertido todos en el Movimiento para la Mayoría Negra de su hogar. Por eso le había dejado poco y ella ya se lo esperaba. Para asombro y resentimiento de algunas mujeres de profesores, se había buscado este trabajo y se había quedado aquí.

Lo que ahorra trabajando en el club Cayslin como ama de llaves llegaría a bastarle, con el paso del tiempo, para pagarse el viaje de regreso al hogar. Necesitaba lo suficiente para comprar una casa con un buen jardín situada en algún sitio fresco y a una buena altura, pero no deseaba una granja; frunció el ceño, intentando imaginarse el sitio ideal. A su mente no acudió ninguna imagen precisa. Llevaba mucho tiempo lejos de su vieja tierra.

La señorita Donelly entró bruscamente cuando estaba limpiando los fregaderos, quitándose su empapado impermeable con una torsión de hombros y refunfuñando.

—De todos los condenados tipos orgullosos que... Oh, señora De Groot, hola; disculpe mi forma de hablar. Mire, parece que después de todo no tendremos mañana el almuerzo del profesorado femenino. El doctor Weyland va a pronunciar un discurso para recaudar fondos ante un grupo

de antiguos alumnos de buena posición, y desea un lugar tranquilo y agradable... que ha resultado ser nuestro comedor del club. El decano Wacker ya ha dicho que sí, con lo que la cosa puede darse por hecha.

—¿Por qué ha venido hasta aquí con toda esta lluvia para decírmelo? —preguntó Katje—. Tendría que haberme telefonado.

—Quería echarle un vistazo a un par de los dormitorios de arriba para estar segura de que le reservo uno que sea tranquilo al conferenciante del mes próximo. —La señorita Donnelly vaciló unos segundos y luego añadió—: Sabe, señora De Groot, he estado pensando en pedirle si quiere dar una conferencia en mi curso de Ambientes Literarios... Estamos ahora con Isak Dinesen. ¿Querría hablarle de eso a mis estudiantes?

—¿Yo? ¿Hablarles de qué?

—Oh, sobre el África colonial y cómo era el crecer en ella. Estos chicos tienen tan poca experiencia y además tan protegida que siempre ando a la caza de oportunidades para expandir sus horizontes mentales.

Katje escurrió el trapo de fregar.

—Mi abuelo y el tío Jan azotaban a los muchachos nativos para que trabajaran igual que bestias, y si no mostraban el respeto adecuado les daban tales patadas que a veces les rompían los huesos; de lo contrario, habrían caído sobre nosotros y nos habrían expulsado de allí. Yo solía ir de caza. Maté rinocerontes, elefantes, leones y leopardos; me enorgullece poder decir que era una buena cazadora. Sus estudiantes no tienen ningún deseo de saber sobre tal tipo de cosas. No tienen nada que temer, aparte de a los recaudadores de impuestos, y carecen de toda relación con la naturaleza que no sea el dar dinero para salvar a ballenas y focas.

—Pero si me refiero precisamente a eso —dijo la señorita Donnelly—. Puntos de vista diferentes.

—Hay montones de libros sobre África.



—Intente usted conseguir que esos chicos lean algo... —dijo la señorita Donelly con un suspiro—. Bueno, supongo que si me paso una hora en el teléfono puedo conseguir que todas las mujeres se reúnan mañana en el Corrigan y no aquí. Por descontado que echaremos de menos su cocina, señora De Groot.

—¿El doctor Weyland espera que cocine para sus invitados? —preguntó Katje, pensando distraídamente en los ex alumnos comiendo con el vampiro.

¿Comería algo? El de la película no había comido nada.

—Oh, Weyland no —dijo secamente la señorita Donelly—. Para él sólo puede haber lo mejor, y eso quiere decir lo más caro. Lo más probable es que hagan traer un banquete del Borchard.

Y se fue.

Katje se sirvió un poco de café y llamó a Edificios y Terrenos. Sí, el doctor Weyland y seis más estarían en el club mañana; no, señora De Groot, no tiene usted que hacer nada aparte de limpiar luego; sí, no le hemos avisado a tiempo y, por favor, sea tan amable de anotarlo en el calendario del club; y, sí, Jackson ya sabe que debe comprobar los aleros que hay encima de los dormitorios del este antes de marcharse.

—El impermeable fugitivo... —dijo la señorita Donelly, entrando como una flecha para coger el impermeable de la silla donde lo había dejado—. Tenga cuidado con Weyland, señora De Groot.

—¿Quién, una viuda cincuentona como yo? No soy una de esas escurridizas estudiantes de doctorado que intentan conseguir la mejor nota y, además, a su profesor.

—No me refiero a romances —dijo la señorita Donelly, sonriendo—. Aunque bien sabe Dios que media facultad, y de ambos sexos, está enamorada de este hombre. —«Francamente, ¡hay que ver lo que dice hoy en día la gente!», pensó Katje—. Ay, no consiguen nada, ya que ese hombre es un auténtico solitario. Pero intentará atraerla a su carísi-

mo laboratorio para estudiar el sueño y hará que los suyos formen parte de esa investigación que le robó al pobre Ivan Milnes, la que hará temblar el mundo y cambiará la historia.

Milnes, pensó Katje al quedarse nuevamente sola; el profesor Milnes que se había marchado a un sitio soleado para morir de cáncer... Después de eso había llegado el doctor Weyland, procedente de una pequeña universidad del sur, y se había encargado del proyecto de Milnes sobre los sueños, salvándolo de ser arrojado a la basura... o robándolo, según la señorita Donelly. Una persona que miraba las cosas desde tantos ángulos diferentes era muy probable que terminara confundándose.

Jackson entró en la cocina y se sirvió café. Luego se reclinó en su silla y se dedicó a hojear los horarios y registros que colgaban de la pared junto al teléfono. Era tan esbelto como un joven kikuyu: podía distinguirse el arco de sus costillas bajo la camisa. Comía montones de porquerías, pero era demasiado nervioso como para engordar con ellas. Tendría que haber estado por derecho propio envuelto en una tela roja, la piel reluciendo untada de aceite y el cabello peinado en trencitas: en vez de eso llevaba camisa, pantalones y una cazadora con cremallera propia de un «ingeniero» de Edificios y Terrenos, en tanto que su cabellera lucía un modesto peinado afro, tal y como lo llamaban ellos, que enmarcaba los flacos ángulos de su cara.

—Procure no poner a nadie en el dormitorio número seis hasta que yo pueda encargarme de él a finales de semana —dijo—. La lluvia gotea por el marco de la ventana. He puesto toallas para que empapen el agua. Ya veo que tiene mañana a Weyland aquí. Mi amigo Maurice está en la limpieza y afirma que ese tipo tiene el mejor laboratorio de todo el lugar.

—¿Qué está investigando el doctor Weyland? —preguntó Katje.

—Está haciendo «mapas de sueños», o así lo llaman ellos. Maurice cuenta que en su laboratorio no hay nada in-

teresante: sólo equipo, ya sabe, grabadoras, computadoras y cosas parecidas. Me gustaría ver todo eso en alguna ocasión. ¡Sólo que no me pescará nunca dejando grabar mis sueños en cinta!

»Bueno, tengo que seguir. Hay unos cuantos grifos que gotean en Joffey a los cuales se supone debo dar un vistazo. Hans Brinker, ése soy yo. Gracias por el café.

Ella empezó a quitar los estantes de la nevera para limpiarlos, oyéndole silbar mientras iba recogiendo sus herramientas en la sala verde.

Los empleados del Borchard le dejaron muy poco que hacer. Estaba metiendo los platos en el lavavajillas cuando un hombre asomó por el umbral y dijo:

—Me siento muy agradecido, señora De Groot.

Era el doctor Weyland, alto, un poco encorvado de hombros, dando sin que ella supiera muy bien cómo una impresión levemente leonina. Al menos, eso es lo que pensó Katje ante su expresión alerta y su rostro, austero e inmóvil, semejante a una máscara en la cual asomaban sus grandes ojos, iluminados por el interés. Le sorprendió que conociera su nombre, pues no frecuentaba el club.

—Quedaba muy poco por hacer, doctor Weyland —dijo ella.

—Con todo, éste es su territorio —dijo él, entrando en la cocina—. Estoy seguro de que su presencia supuso una gran ayuda para los del Borchard. Nunca había estado aquí. ¿Eso son congeladores o sólo neveras?

Ella le enseñó la cocina y sus dependencias. Él pareció bastante impresionado. Sostuvo en sus manos los electrodomésticos y accesorios como si fueran los artefactos de una civilización que estaba estudiando. El gran Cuisinart era un regalo hecho al club por el personal de economía doméstica. Ya le faltaban unas cuantas piezas, pero a Katje eso no le importaba. Le dijo al doctor Weyland que no tenía ganas de aprender a utilizar esos complicados y fantásticos artilugios domésticos.

Él asintió con aire pensativo. ¿Estaba siguiéndole la corriente o realmente le interesaba lo que decía?

—No hay tiempo para dominar la tecnología casera de esta época, con todas esas máquinas y lo que significan para la vida moderna...

Se dio cuenta de que resultaba inesperadamente bien parecido: era delgado y de aspecto algo hirsuto, pero poseía esa leve sospecha de vulnerabilidad común a los hombres altos que nunca han aprendido a manejar su estatura con facilidad. No se podía mirarle sin imaginar el torpe espantapájaros boquiabierto que debió de ser de niño. Sus impresionantes rasgos de ahora —la nariz y el ceño llenos de fuerza, la boca bien trazada, su mentón cuadrado y firme—, debían resultar entonces sin duda demasiado grandes y algo ridículos, pero ahora se habían unido hasta formar una imponente unidad gracias a los surcos dejados por la experiencia en sus mejillas y en su frente.

—Ya se acabaron los mozos que hacían girar el espetón entre chirridos —observó contemplando la cocina y el horno—. ¿Procede usted de África oriental, señora De Groot? Las cosas debían de ser muy distintas allí.

—Sí. Me marché hace ya mucho tiempo.

—Seguramente no debe de hacer tanto... —dijo él, y sus ojos fueron veloces de la cabeza a los pies.

¡Caramba, pero si estaba flirteando con ella!

—¿Usted tampoco es de aquí? —le preguntó ella, dejando que sus nervios se calmaran bajo el cálido influjo de su interés. Él se convirtió rápidamente en un bloque de hielo.

—¿Por qué lo pregunta?

—Discúlpeme, creí detectar un leve rastro de acento en su voz.

—Mi familia era europea. En casa hablábamos alemán. ¿Puedo sentarme? —Sus grandes manos, hábiles y de fuerte aspecto, acariciaron por un segundo el respaldo de una silla atrayéndola hacia él. Sonrió fugazmente—. ¿Le impor-

taría compartir su café con un cazador de fortunas institucional? Ése es mi trabajo: persuadir a los ricos y a los guardianes de las fundaciones para que gasten un poco de su dinero apoyando un trabajo que no ofrece ningún resultado inmediato. No me gusta demasiado tratar con hombres de tan poca perspectiva.

—Todo el mundo dice que se le da muy bien.

Katje le sirvió una taza de café.

—Ocupa todo mi tiempo —dijo él—. Me fatiga. —Sus ojos grandes y brillantes, con las cuencas ensombrecidas por el cansancio, tenían ahora un aspecto absorto y triste. Katje se preguntó cuántos años tendría. De pronto, él la miró y dijo—: ¿No la vi por la mañana delante de los laboratorios? Tenía el parabrisas cubierto de neblina y me fue imposible estar seguro...

Le habló del paraguas y de Jackson, pensando: «Ahora me lo explicará, ha venido para eso». Pero él no añadió nada a lo que había dicho y ella no supo si debía preguntarle por el estudiante del aparcamiento.

—¿Puedo hacer algo más por usted, doctor Weyland?

—No tengo intención de impedirle terminar su trabajo. Sólo una cosa: ¿querría usted venir al laboratorio de los sueños y acompañarme durante una sesión?

Exactamente lo que había dicho la señorita Donelly. Katje meneó la cabeza.

—Señora De Groot, toda la información se encuentra en cintas bajo números de identificación en código. Su intimidad quedaría completamente protegida.

El que insistiera tanto le hizo sentirse algo incómoda.

—Preferiría no hacerlo.

—Entonces, discúlpeme. Ha sido un placer hablar con usted —dijo, poniéndose en pie—. Si encuentra alguna razón que la haga cambiar de parecer, mi extensión es la ciento sesenta y tres.

Y se sintió muy aliviada al contemplar su marcha. Recogió su taza de café. Estaba llena. Entonces se dio cuenta de

que no le había visto tomar ni un sorbo de ella.

Estaba a punto de llorar, pero el tío Jan le hizo cargar de nuevo su arma —su primer rifle, el primero que le pertenecía—, y entonces el león tosió y ella, con los ojos desorbitados por el miedo, vio su silueta color oro agazapada entre los arbustos espinosos, la cola azotando el suelo. Alzó el arma y disparó, y el polvo hirvió entre las convulsiones del felino herido.

Entonces la paciente voz de Scotty dijo: «Hazlo de nuevo», y ella se encontró una vez más desmontando el rifle a la luz de la lámpara sobre la desgastada mesa de madera, en tanto que su madre cosía con irritados vaivenes de la aguja, diciendo cosas que Katje no se tomaba la molestia de escuchar. Conocía el sermón de memoria:

—¡Si Jan tuviera sus propios hijos! Sí, hijos a los que llevarse de caza con Scotty. Como no tiene hijos, se lleva a Katje para que vaya pegando tiros y así poder enseñar luego lo duros que son los jóvenes de los bóers, aunque sean chicas. Que los blancos maten para divertirse, tal y como lo hacen Jan y Scotty, es retroceder al pasado más bárbaro de África. Ahora la granja produce mucho y no hace falta vender pieles de animal para tener dinero con que pagar el café, la sal y el tabaco. ¡Y adiestrar a una joven para que aceche a los animales y los mate como si ella no fuera más que otro animal...!

—Otra vez —dijo Scotty.

El león tosió.

Katje se despertó. Estaba sentada ante el televisor, parpadeando ante el rostro jovial y algo presumido del presentador. El sonido se había vuelto a estropear y se había quedado dormida.

No soñaba mucho y cuando soñaba casi nunca era con su infancia africana: su madre, el tío Jan y Scotty, el granjero que tenían por vecino y al que tío Jan había empezado llamando un condenado *rooinek* y había acabado tratando igual que si fuera un hermano. El que la señorita Donelly le

pidiera una conferencia sobre África debía de haber hecho removerse esa antigua adolescencia pasada acechando la caza de un paisaje de hierba amarillenta.

La joven delgada que había sido entonces, de piel morena y cabello que el sol había vuelto prácticamente blanco, parecía ahora muy lejana. Katje se había convertido en una mujer corpulenta que debía luchar para no acabar cayendo en la gordura de su madre. Bajo el clima grisáceo de Nueva Inglaterra su pelo se había oscurecido hasta adquirir el color del cobre viejo y ahora empezaba a palidecer hacia el gris.

Y, sin embargo, aún podía distinguir a su yo infantil en el espejo: esa tozuda posición de su mandíbula, firme y redondeada, el brillo decidido de sus ojos... Pensó con satisfacción que no se había dejado cambiar mucho por el mundo.

La señorita Donelly vino a la tarde siguiente en busca de un poco de café. Cuando Katje le llevaba una bandeja a la sala una estudiante pasó corriendo junto a ella, gritando:

—¿Es demasiado tarde para que le entregue mi trabajo, señorita Donelly?

—¡Por el amor de Dios, Mickey! —dijo la señorita Donelly sin poder contenerse—. ¿De dónde has sacado eso?

En la camiseta de la joven, allí donde se le había abierto el abrigo, se podían ver las palabras «Duerme con Weyland. Es un sueño». Ella sonrió.

—Hay un tipo que las está vendiendo justo delante del economato. Será mejor que se dé prisa si quiere una; ya han avisado a los de Seguridad.

Dejó sobre la mesa un maltrecho fajo de páginas, añadió un «Gracias, señorita Donelly», y se alejó a toda prisa haciendo resonar los gruesos tacones de sus zapatos.

—Que me aspen —le dijo Donelly a Katje con una carcajada—, tal y como solía decir mi abuela. Desde luego, ese hombre anima mucho este lugar.